

zalo de Umbria, y á azotes algunos marineros, no habiéndose impuesto castigo ninguno al presbítero Juan Díaz, por respeto á su carácter. Cortés al firmar la sentencia exclamó: ¡O quien no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres!

Esta conspiracion le hacia ver cuanto se aventuraba en seguir adelante en su empresa, si no comprometia en ella de una manera decisiva á los que le acompañaban. De estos los unos, dice el mismo Cortés en sus cartas á Carlos V, "por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenian voluntad de salir de la tierra, y otros por verla tan grande y de tanta gente y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito," con lo que se persuadió que era menester quitar la ocasion de nuevas deserciones, por uno de aquellos golpes atrevidos de que presenta pocos ejemplos la historia. Hizo marchar parte de la tropa á Cempoala con Alvarado, y él mismo siguió luego con el resto. Allí propuso á los gefes y principales soldados lo que habia pensado, porque en la situacion de Cortés con respecto á su ejército, siendo general por eleccion de este, si bien tenia grande influjo, disfrutaba de poca autoridad, y tenia que proceder en todo lo mas importante con anuencia de los que habian de ejecutarlo. Aprobado su designio, para darle color para con los soldados, hizo presentar un informe por los pilotos, del que resultaba que los buques estaban muy maltratados, carcomidos de broma, é incapaces de salir á la mar, con lo que dió orden de sacar á tierra las anclas, el velámen y demas que se pudiese apro-

vechar y echar á pique los bajeles, no dejando mas que uno solo y las lanchas. Así se hizo, y en seguida una mañana, reunidos los soldados que andaban consternados é inquietos con la noticia del suceso, despues de misa los instruyó de lo que se habia verificado, persuadiéndoles que esto habia sido efecto de la necesidad atendido el estado de los buques, los cuales por otra parte de nada les servirian, si como estaban resueltos á hacerlo penetraban en el interior del pais, cuando destruidos aquellos podian contar con un aumento de fuerzas, reunidas al ejército las tripulaciones y demas gente de mar. Añadió, "que conociendo su valor y resolucion, estaba creido que ninguno seria tan cobarde y tan pusilánime que quisiera estimar su vida mas que la suya, ni de tan débil corazón que dudase ir con él á Méjico, donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno á dejar de hacer esto, se podia ir bendito de Dios á Cuba en el navío que habia dejado, de que ántes de mucho se arrepentiria, viendo la buena ventura que esperaba le sucederia." Los soldados, con este discurso del general, como sucede en las reuniones numerosas, pasaron de la consternacion al entusiasmo, y una aclamacion general á *Méjico, á Méjico*, fué la contestacion del ejército.

Pero esta marcha, para lo que todo estaba prevenido, fué de nuevo interrumpida por otro incidente de los que frecuentemente ocurrían en el sistema que se seguia de hacer las conquistas por via de empresas particulares. Francisco de Garay, gobernador de la

Jamaica, á la fama de los descubrimientos de Grijalva, habia ocurrido á la corte pretendiendo ser él descubridor de aquella parte de costa que corre desde el rio de Pánuco, de donde Grijalva se habia vuelto, hasta la Florida, y habia obtenido el título de Adelantado y la facultad de formar establecimientos en todo aquel pais. Habia mandado con este objeto cuatro buques, los cuales se habian presentado delante de la Villa Rica, sin querer entrar en el puerto no obstante las señales que se les habian hecho para llamarlos. Juan de Escalante que habia quedado mandando en aquel punto, dió luego aviso de la novedad á Cortés, quien con su acostumbrada actividad partió inmediatamente para el puerto, dejando su ejército en Cempoala bajo el mando de Alvarado y Sandoval, y habiendo llegado, sin querer reposar un momento, porque usando de un proverbio vulgar, dijo: "que cabra coja no tenga siesta," se dirigió á la playa al punto donde estaba fondeado uno de los buques; mas ántes de llegar allá se encontró con un escribano que con dos testigos venia á notificarle que abandonase aquella parte de costa, por pertenecer á la concesion hecha á Garay. Cortés detuvo á estos tres individuos y por su medio, con el artificio de hacerles cambiar de trage con tres soldados suyos, que con este disfraz se acercaron al buque, pretendió entrar en comunicacion con la gente de éste; mas no logró hacer desembarcar y coger mas que á cuatro soldados, pues los demas alzaron velas y se hicieron á la mar. En estos casos los conquistadores, en vez de darse auxilio, se

trataban hostilmente entre sí, y defendian sus concesiones contra sus mismos paisanos como contra un enemigo extranjero. Así se iba repartiendo todo el continente de América, sin datos ningunos en que fundar esta distribucion, y los naturales de él se encontraban ser vasallos de un príncipe á quien no habian oido nunca nombrar, pero que los consideraba sus súbditos tan positivamente como á los nacidos en sus antiguos reinos, segun se vé en las instrucciones de Velazquez á Cortés, sin saber tampoco este príncipe ni sus agentes quiénes eran ni dónde estaban tales vasallos.

Removido este nuevo motivo de inquietud, Cortés salió por fin de Cempoala, á cuya poblacion puso por nombre *Sevilla*, el dia 16 de agosto de aquel año de 1519, con la firme resolucion como él mismo dice al emperador Carlos V, "de ir á ver, do quiera que estuviese, á aquel gran señor que se llamaba Moctezuma, y haberlo preso ó muerto ó súbdito á la corona real de V. M." El cacique de Cempoala le dió cuarenta indios principales que le guiasen y acompañasen y doscientos *tamemes* ó cargadores, cada uno de los cuales podia cargar dos arrobas, para llevar la artillería, pues en cuanto á bagages, dice Bernal Diaz "para nosotros los pobres soldados no habiamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teniamos que llevar, porque nuestras armas con ellas dormiamos y caminábamos, siempre muy apercebidos para pelear." Prudente precaucion de capitán, que penetrando en un pais desconocido no queria dejar nada á la

casualidad, sino ir siempre prevenido para cuanto pudiera ocurrir.

Cuatro meses habia permanecido Cortés en la costa de Veracruz, durante los cuales habia sublevado contra su soberano á una gran parte de los pueblos de la serranía, habia atacado el culto establecido, é insistido en su resolucion de pasar á Méjico, sin que en tanto tiempo Moctezuma, alarmado ya justamente desde el suceso de Tabasco, hubiese tomado la menor providencia para su defensa, ni aun siquiera situado un egército de observacion que estorbase á los españoles el paso á su capital, si llevaban adelante el intento de ir á ella contra su voluntad. Todo se habia reducido á frecuentes embajadas á Cortés, instándole para que se retirase, con lo que ponía de manifiesto su temor, acompañadas de presentes que estimulaban mas en aquel el deseo de poseer un país que tantas riquezas producía. Conforme al consejo de los cempoaltecas, Cortés dirigió su marcha por Tlaxcala, por ser esta república amiga de aquellos y enemiga de los megicanos: el derrotero que siguió ha sido demarcado con diligencia por el Sr. Arzobispo Lorenzana en la noticia que precede á las cartas del mismo Cortés á Carlos V, que publicó en esta capital en 1770, aunque padece la equivocacion de hacerle partir de la Antigua, poblacion que entonces no existía, pues la Villa Rica se trasladó primero como hemos visto á las inmediaciones de Quiabíslan, donde permaneció durante la conquista, habiéndose mudado despues á la Antigua, de donde volvió al cabo de algunos años al puesto que

hoy ocupa la actual ciudad de Veracruz, que es el mismo en que desembarcó Cortés é hizo la primera fundacion; variaciones en que si se ha tenido por objeto mejorar de temperamento, no se ha aventajado mucho con ellas.

No entra en mi plan seguir menudamente todos los pasos de los conquistadores, sino solo fijarme en aquellos sucesos principales que caracterizan la conquista y dan á conocer las ideas que dominaban en el siglo en que se verificó, pasando ligeramente sobre todo lo demas. En su marcha Cortés, en todos los pueblos á donde llegaba, hacia cesar los sacrificios humanos, daba alguna tintura de la religion cristiana, hacia reconocer al rey de Castilla como soberano y levantaba cruces, recomendando se las mirase con acatamiento y reverencia, á cuya práctica se opuso el P. Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario que acompañaba al egército, y en cuya conducta se ve siempre dominar un celo ilustrado y verdaderamente cristiano, por el cual contenía dentro de justos límites los impulsos menos prudentes de Cortés, y en esta ocasion, le manifestó que habiendo salido de los pueblos de los totónacas, sobre cuya obediencia se podia contar, era exponer á desacatos é irreverencias la insignia de la redencion, dejándola á la voluntad y al capricho de pueblos que no tenían idea alguna de los misterios que representaba.

Nada deseaba tanto Cortés como entrar en relaciones amistosas con Tlaxcala: á este fin dirigió su marcha por aquella ciudad, y al acercarse al territo-

rio de la república mandó una embajada con cuatro de los principales cempoaltecas, que fueron conductores de una carta en que pedía paso, acompañándola con un presente en que manifestaba el aprecio que hacia de la fama guerrera de aquella nacion. No era de creer que la carta fuese comprendida por el Senado á quien se dirigia; pero Bernal Diaz dice, que aunque bien lo entendieron así los españoles, creyeron que viendo los tlaxcaltecas papel diferente del suyo, conocerian que era de mensagería. Tardaban en regresar los enviados, y Cortés habiéndolos esperado tres días, resolvió continuar su marcha con mas que su acostumbrada vigilancia, y á la salida del valle, por el cual habia seguido su camino, se encontró con una gran cerca de piedra seca que atravesaba todo el valle de una montaña á otra, dispuesta de manera que se podia combatir con seguridad desde arriba, con una entrada de diez pasos de ancho, cubierta con una cerca doble que la cerraba y defendia. Esta fortificación estaba sin gente que la guarneciese; pero su solidez y estructura llenó de admiracion á los españoles, inquietos ya por el retardo de sus enviados, mas Cortés poniéndose al frente de su caballería, se entró por la angosta puerta diciendo á sus soldados: "Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la cruz, que con ella venceremos" y el ejército le siguió repitiendo: "Vamos mucho en buena hora, que Dios es fuerza verdadera." A poco andar se dejaron ver algunos tlaxcaltecas armados, que habiendo hecho resistencia á la caballería mandada á su alcance

se trabó una accion empeñada con cosa de cuatro á cinco mil hombres que salieron en defensa de sus compañeros de una emboscada en que estaban. Los españoles tuvieron ocasion de conocer en este combate el valor y destreza de los tlaxcaltecas, que les hirieron algunos soldados y mataron dos caballos, pérdida muy grande en aquellas circunstancias, en que una gran parte de la preponderancia de los españoles consistia en estos animales desconocidos á los indios, á quienes llenaban de espanto.

Este ataque fué el resultado de la política capciosa que el senado habia adoptado. Fuese por recelo de que los españoles estuviesen coligados con los megicanos, enemigos perpetuos de los tlaxcaltecas; recelo que se fundaba en que los veian acompañados por los de Cempoala y de otros pueblos tributarios de los megicanos ó por otros motivos, habian resuelto impedirles el paso por su territorio: pero no queriendo romper manifestamente, combinaron el dejarse un camino de disculpa si la fortuna les era adversa, imputando las hostilidades á sus generales ó atribuyéndolas á desman de las tribus otomies que circundaban sus límites. Por esta conducta tortuosa, y por la que Moctezuma siguió en el curso de sus contestaciones con Cortés, se deja conocer que el doblez con que procedian por aquellos tiempos algunos soberanos de Europa, no era cosa desconocida para los gobiernos de América que mas adelantados estaban en la civilización.

Toda esta guerra de Tlaxcala es la parte mas interesante y poética de la conquista. El lector no cree recorrer en ella los sucesos de una historia moderna, sino que le parece trasportarse á los tiempos de Homero y á los campos de Troya, con la relacion de aquellos combates en que brilla el valor y destreza personal de los héroes; en que los tlaxcaltecas despreciando el furor de los caballos se asian de la lanza del ginete y forcegeaban á brazo partido para derribarle y desarmarle; en que los escuadrones abiertos con largos senderos por las descargas de artillería se volvian á cerrar con nuevos combatientes, arrebatando de la vista á los muertos y á los heridos para que el enemigo no conociese la pérdida sufrida. Los sacrificios á Camaxtle, divinidad protectora de los tlaxcaltecas y los oráculos de los sacerdotes de este ídolo, alternan con los actos mas fervorosos de piedad del culto cristiano, y los grandes caracteres de Jicotencatl y Cortés dominan y sobresalen en toda esta escena de animada accion, como Héctor y Aquiles en la Iliada son el centro de donde parten todos los sucesos.

Cortés entónces combatía casi solo con sus españoles, pues aunque habia reunido algunas tropas aliadas, tanto de Cempoala como de los lugares de su tránsito, estas eran en corto número no excediendo de tres mil, aunque le fueron sin embargo de grande utilidad. Al segundo día de marcha por el territorio enemigo, que fué el 2 de septiembre, se presentaron los cempoaltecas que fueron enviados como embajadores, refiriendo que habian sido detenidos y puestos en

prision por los tlaxcaltecas, que los destinaban á ser sacrificados, logrando escaparse en la noche, y al mismo tiempo anunciaban que un grande ejército se aproximaba para atacar á los españoles. Apenas tuvo Cortés tiempo de dar sus disposiciones, cuando se presentó á la vista el enemigo, en número de mas de cien mil hombres, segun el mismo Cortés, y mas de cuarenta mil segun Bernal Diaz, ambos testigos oculares del suceso: ¡tanta es la variedad que se encuentra casi siempre en la historia en materia de cifras! Cortés, observando las formalidades establecidas en las conquistas de América, comenzó por medio de los intérpretes á amonestar á los tlaxcaltecas, y requerirlos con la paz por ante escribano; pero acercándose mas y mas aquellos, se empezó á hacer uso de las armas. El combate fué reñido, y en él los tlaxcaltecas mataron una yegua que montaba Pedro de Moron. El empeño que tenian para llevarse la yegua muerta, y el de los españoles en defenderla, porque no perdiesen los indios el terror á los caballos viendo que podian matarlos, con cuyo objeto ocultaron los dos que murieron en la primera batalla, recrudesció la pelea en la que por fin los españoles pudieron salvar la silla cortando la cincha; pero los tlaxcaltecas quedaron dueños de la yegua, la que hicieron pedazos para mostrarlos á todos los pueblos de la república, y las herraduras fueron ofrecidas á los ídolos. Los españoles triunfaron por fin aunque con la pérdida de algunos heridos, á los que curaron con la grasa

de un indio gordo muerto en la batalla, pues no habia aceite ni otro género de medicamento.

Los combates se continuaron, acudiendo cada vez mayor número de tlaxcaltecas y siendo por lo mismo mas crítica la situacion de los españoles. Cortés habia hecho proposiciones de paz por medio de dos de los principales prisioneros, á quienes puso en libertad con este fin; pero estos volvieron con una respuesta altiva y amenazadora de parte del bizarro Jicotencatl, general de las tropas de la república, anunciando una accion decisiva, para la que habia reunido todas sus fuerzas. Con este aviso los españoles se prepararon en la noche con el sacramento de la penitencia, porque "como somos hombres, dice el valiente y sincero Bernal Diaz, temiamos la muerte". Tomadas por Cortés todas las disposiciones necesarias, amaneció el día 5 de septiembre de 1519, célebre en la historia de la conquista por la señalada victoria que los españoles ganaron en los campos de Tzompachtepetl. Con ella se habria terminado la guerra, y con este fin Cortés, aprovechando el golpe decisivo que acababa de dar, mandó una nueva embajada al senado con proposiciones de paz: el partido que en él habia en favor de esta, y á cuya cabeza se hallaba Magiscatzin, hizo nuevos esfuerzos para inclinar á ella á aquel cuerpo, haciendo valer con este objeto la generosidad con que Cortés habia puesto en libertad á los prisioneros, cosa tan desusada entre las naciones del Anáhuac en aquel tiempo, todas las cuales los destinaban al sacrificio en las aras de sus dioses; pero no obs-

tante esto, prevaleció todavia el partido que estaba por la guerra, inducidos tambien á continuarla por los sacerdotes de sus ídolos, quienes habiendo sido consultados sobre si los españoles eran verdaderamente seres sobrenaturales, contestaron que si bien no eran inmortales, pero que siendo hijos del sol, recibian de dia esfuerzo y valor por los rayos de la luz de su padre; pero que por la noche quedaban desfallecidos con la ausencia de aquel astro, y caerian fácil presa en manos de los tlaxcaltecas para ser sacrificados á los dioses. Con tales esperanzas se resolvieron á dar un ataque nocturno, y para conocer mejor la disposicion del campamento de Cortés, mandaron hasta cincuenta espías, que fueron conocidos y descubiertos por los cempoaltecas. Presentados á Cortés y resultando del exámen que de ellos hizo, que en efecto habian venido á observar su campo, les hizo cortar á todos las manos, y en este estado los volvió á Jicotencatl, diciéndole que estaba dispuesto á recibirle de noche y de dia. El ataque se verificó con un éxito tanto mas desgraciado para los tlaxcaltecas, cuanto que siendo una noche de luna, y dando esta de espaldas en los españoles, los hacia parecer otras tantas figuras gigantescas que aumentaban el terror de los contrarios.

No quedaba ya pues recurso por probar, y Cortés, atento siempre á aprovechar todas las ocasiones, hizo nueva intimacion con el tono que sus triunfos le autorizaban á tomar, amenazando que si no se le recibia pacíficamente en la capital, se presentaria á destruir-

la y llevarlo todo á fuego y sangre, y para hacer ver que esto no era una amenaza vana, recorrió algunos pueblos circunvecinos, no obstante el mal agüero de la caída de cinco caballos al emprender la marcha, por lo que los que lo acompañaban le aconsejaban que se volviese, pero "considerando, dice el mismo, que Dios es sobre natura, ántes que amaneciese dió sobre dos pueblos y mató mucha gente." Pero si los tlaxcaltecas estaban acobardados con el mal éxito de la guerra, no estaban menos atemorizados los españoles, viendo la resistencia que les habian hecho y la bizarría con que habian peleado. Formaban corrillos los descontentos y Cortés que todo lo observaba, oyó decir á algunos en una choza, á la que se acercó sin que le vieran los que dentro de ella estaban, que si era tan loco que se metiera en donde no podria salir, que no lo fuesen ellos y que se volviesen á la mar. Los aliados cempoaltecas estaban igualmente desalentados, y ya no se hablaba del viage á Méjico sino como de una cosa fantástica é impracticable. Cortés inspiró nuevo valor en sus soldados, diciéndoles: "que mirasen que eran vasallos de vuestra Alteza, le dice á Carlos V, y que jamas en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que demas de hacer lo que como cristianos éramos obligados, en puñar contra los enemigos de nuestra fé, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, en este conseguimos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generacion ganó. Que teniamos á Dios de nuestra parte, y que á él ninguna cosa es imposible y que lo viesen por las victo-

rias que habiamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos y de los nuestros ninguno." Con tales razones cobraron mucho ánimo, y Cortés logró "traerlos á su propósito y á facer lo que deseaba, que era dar fin en su demanda comenzada." Por otra parte Doña Marina, que estaba ya poseida de las mismas ideas y lenguaje de los conquistadores, y en cuyo ánimo varonil, jamas habia tenido cabida la flaqueza segun el elogio que de ella hace Bernal Diaz, "sino ántes muy mayor esfuerzo que de muger," en medio de los mayores riesgos alentaba á los aliados, diciéndoles que "no tuviesen miedo porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso, los sacaria de peligro."

Cortés en tan difíciles circunstancias se habia encontrado ademas atacado de unas calenturas peligrosas; pero su carácter enérgico se sobrepuso á todo, sin cesar de salir al frente de sus tropas, ni aun en un estado de salud tan débil, que su conservacion ha sido tenida por milagrosa por algunos historiadores de la conquista. Entre tanto el senado de Tlaxcala se decidió á hacer la paz, no obstante la resistencia del valiente general Jicotencatl; pero los desastres sufridos habian quebrantado el espíritu de las tropas y no era ya posible llevar mas adelante la resistencia. El mismo Jicotencatl con otras cincuenta personas principales se presentó al capitan español á pedir la paz, y en su discurso no se humilló á presentar bajas disculpas, sino que atribuyó la resistencia que la república habia hecho á los españoles, á aquel espíritu de liber-

tad é independencia que habia hecho que los tlaxcaltecas rechazasen durante tantos años el yugo megicano, sujetándose á toda especie de privaciones y miserias. Cortés le contestó atribuyendo todo el mal que habia sucedido á no haberle querido recibir como amigo, segun se lo habian hecho esperar los cempoaltecas; pero se dió por satisfecho de sus excusas, habiendo quedado y ofreciéndose los tlaxcaltecas por súbditos y vasallos de la corona de Castilla.

En seguida pasó á la capital en la que entró el dia 22 de septiembre de 1519, y fué recibido por los habitantes no como un vencedor en cuyas manos los ponía la suerte de las armas, sino con todas las muestras de cordialidad que se hacen á un antiguo amigo, y desde entonces se formó aquella liga fiel entre Cortés y los tlaxcaltecas que no se desmintió en ningunas circunstancias, resaltando mas la lealtad de aquella nacion en los mayores reveses de fortuna de los españoles, quienes consideraron siempre á Tlaxcala como su apoyo el mas firme y el centro de todas sus operaciones sucesivas. Si la guerra hubiera durado mas tiempo y los tlaxcaltecas hubiesen podido penetrar la verdadera situacion de los españoles, esta era demasiado peligrosa para poder evitar su ruina. Fatigados con tan continuos combates, enfermos, heridos y mas que todo discordes entre sí, su destruccion era casi inevitable, y si en estas circunstancias Moctezuma, dejando su política tímida é incierta, hubiera unido sus fuerzas á los de Tlaxcala, habria conservado su corona y evitado la triste suerte que le amenazaba. En

vez de hacerlo así, esperó tranquilamente el resultado de la contienda empeñada con los tlaxcaltecas, y cuando vió que la fortuna se declaraba por los españoles, envió á Cortés una nueva y magnífica embajada, compuesta de cinco de los principales señores de su corte, con doscientos esclavos que llevaban un rico presente, en que entre otras cosas habia tres mil onzas de oro en granos. Los embajadores felicitaron á Cortés por sus victorias, y renovaron sus instancias para que no pasase á Mégico, con los pretextos ridículos de las dificultades del camino y la inseguridad que tendria en su capital, ofreciendo ademas en nombre de su soberano pagar un tributo anual de oro, plata y demas riquezas que tenia. Las victorias de Tlaxcala habian elevado el espíritu de los españoles, y mientras los indios los creian aquellos seres sobrenaturales, cuya venida habia sido anunciada por las profecías de sus abuelos, destinados á dominar sobre las naciones del nuevo mundo; los españoles mismos se consideraban protegidos especialmente por la divinidad, de lo que creian vér una prueba en las grandes y casi increíbles victorias que habian ganado, y su capitán fuertemente impresionado con esta idea, como no puede dudarse por todas sus acciones y palabras, no creia que hubiese dificultad insuperable para él. Insistió pues en su respuesta sobre la órden de su soberano, para ir á ver á Moctezuma, la que no podia dejar de cumplir, "recibió con alegría aquel presente, dice Bernal Diaz, y dijo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al Sr. Moctezuma en buenas obras." Esta embajada llegó cuando Cor-